

"CUANDO EL AMOR

Jamás se imaginó que ese muchacho de Tópaga, a quien había conocido en su pueblo, de niños, hijo de Doña Encarna, le haría, después de cortejarla, lo que le hizo.

Ella se había venido de allá porque los horizontes eran muy vagos y estrechos; ella quería aprender, conocer; ella había visto en los libros y comprendido que el mundo podía ser diferente a lo que su mamá, la señora Emma, la rectora del colegio y las maestras le habían dicho.

En un acto de valor, a sus diez y nueve años, empacó la maleta y con las consabidas maldiciones maternas, paternas y del pueblo, cogió el bus y se

vino para Bogotá. Se instaló en una residencia "para señoritas" y comenzó a buscar trabajo. Lo encontró: era normalista; no cobraba mucho, mejor, no sabía cobrar y la contrataron de inmediato. Sería la maestra de primero de primaria con funciones adicionales de secretaria en un barrio de invasión. Con el primer sueldo, se compró las medias "Mon Rêve", un shampoo que le dejaba el pelo lindo y bello y una cobija. Había visto las medias y el shampoo en la televisión de la tienda donde solía comer; era la única comida que hacía al día.

Siguió su rutina. Se levantaba a las cinco de la mañana cosa que no le costaba trabajo porque en el pueblo esa era la costumbre; se bañaba con agua fría -la administradora de la residencia, con una excusa ecológica, no les tenía calentador; para ella, uno de gas, "a paso"- y después de secarse, ponerse desodorante y los calzones pueblerinos, se ocupaba del reto de sus medias "Mon Rêve" que le tenían que durar para el resto de la vida pues en muchos meses no tendría para comprar otras. Así se las calaba y, luego, sin identificar con la palabra la sensación erótica, se cepillaba el pelo "liso y bello"

LLEGA ASÍ

XIMENA CASTILLA

Abogada independiente Universidad Externado de Colombia.
Asesora de Grupos de Mujeres.

DE ESA MANERA"¹

¹ Esta es una historia verdadera, reconstruida a partir de archivos judiciales. Los nombres han sido cambiados.

por unos pocos minutos, para después terminar de vestirse y salir corriendo a esperar el bus en el paradero que quedaba encima de la alcantarilla maloliente. Sin embargo, para ella, todo, absolutamente todo, era una aventura y una maravilla.

Un día, después de algunos meses, se encontró en Chapinero con Hamilton, ese muchacho de su pueblo, hijo de Doña Encarna y que le hizo sentir, otra vez, la cercanía de sus montañas, de sus pastales, de la tranquilidad con que se puede estar con los iguales y los paisanos. Comenzaron a salir. Hamilton la enamoró. Logró que ella entendiera y nombrara las sensaciones que, como las de las medias, no podía calificar. La llevó a una residencia con olor a creolina, pero ella no lo sintió como no sintió la “perdida” de su virginidad. Hamilton la transportaba; era tan pueblerino pero a la vez tan diferente, al menos creía ella, pues había sido capaz, como ella, de dejar el pueblo, y era un tipo inteligente.

Como a los ocho o nueve meses, Hamilton la llamó a la residencia de señoritas, la convidó a una fiesta en el apartamento que él, con varios muchachos del pueblo habían alquilado. Él no podía recogerla, por lo que ella llegó en taxi, se ubicó en el rudimentario sofá, aceptó de Hamilton un trago de aguardiente -en su pueblo hombres y mujeres bebían el día de mercado y las vísperas- y cuando pasó media hora, preguntó por las otras mujeres de la fiesta pues ella era la única y había cinco hombres: Hamilton, dos de sus sobrinos y otros dos paisanos, tres mayores de edad y dos menores. Hamilton le dijo que se demoraban un poquito, que venían de lejos, que no se preocupara, que brindaran otra vez.

Ella recuerda, según aparece en la denuncia y en su ampliación, que Hamilton le dijo que estaba muy borracho y que se iba a dormir; la dejó en la

sala con sus sobrinos y paisanos y se encerró en la pieza. Ella, en medio del llanto, recuerda que él, cuando ya había amanecido, la cacheteó por puta, que ¿cómo era posible que se había “dejado” y que no se hubiera opuesto a lo que los sobrinos y paisanos le habían hecho? Ella no entendía. Él, su amor, su amigo de la infancia, su primer y único amante, les creía a los otros, a estos cuatro que la habían violado, sin que ella hubiera podido hacer nada. Ella se había despertado con dolor de cabeza, sensación de nauseas y un fuerte dolor en la vagina. Al mirarse, encontró que sus calzones, los que se ponía recordando su pueblo, estaban en la sala, ensangrentados como sus muslos y que los sobrinos, en medio de las risas ebrias de los machos, relataban sus hazañas... “tío, si sabe¿, esa mujer se dejó anoche, es toda una hembra, nos aguantó a todos... ¡Zas!, la cachetada, cómo se dejó?

Ella, aconsejada, asistió a una ONG de mujeres y allí, con el apoyo recibido, decidió denunciar, frentear y ser valiente.

Han transcurrido cuatro años. En su pueblo la señalan por lo que ella dejó de ir. Se investigó a los menores y la Jurisdicción Penal de Menores los dejó libres. A los dos mayores, la Fiscalía, a pesar de haber suministrado sus nombres y la relación con Hamilton, les han archivado el proceso porque no ha sido posible “identificarlos”. Hamilton está acusado de “favorecimiento” por no haber denunciado la violación, sin embargo todo y todos siguen iguales, menos ella cuyas pesadillas no han cesado y que ahora que ha tenido una hija, se repiten y son peores. Esperamos la audiencia pública en la que no sería extraño que la Fiscal pidiera absolución porque ella no ha debido aceptar la invitación, no ha debido utilizar esa ropa, no ha debido salir de noche, no ha debido aceptar la bebida y sobre todo ha debido ofrecer más resistencia...